

Creador de prodigios

El ciclo dedicado a la Escuela de Bashkirov posee, por sí mismo y los pianistas que escucharemos junto a su maestro, incalculable interés. Pero es, también, un acto debido de homenaje a uno de nuestros catedráticos fundadores. Después de los años transcurridos, me siento orgullosa de haber casi vecindado en Madrid a este artista y profesor cálido e incisivo en la vida y en el arte. Su pianismo es sustantivamente magistral por cuanto tiene de luz y cuanto deja de estela.

Pensé, en principio, denominar la serie de esa manera: “la estela de Bashkirov”. Conocedora del rigor conceptual, de la devoción por el arte verdadero de Bashkirov sustituí el término *estela* —algo que se evidencia pero acaba difuminándose en el espacio— por el de *escuela*, realidad perdurable e intensa. Hoy como ayer, me siento inmensamente alegre de tener entre nosotros —como magisterio y amistad— a Dimitri Bashkirov y compartir sus enseñanzas con las que cada día, desde Moscú a Jerusalén, desde Salzburgo a Helsinki, dicta nuestro grande, entrañable, ejemplar personaje.

Si alguien me preguntase en qué consiste la figura de Bashkirov y cómo definiría su dedicación permanente a la enseñanza, no dudaría en responder: “es un creador de prodigios musicales”. Y doy por supuesto que Dimitri me corregiría inmediatamente: “contribuyo a crearlos, los prodigios son mis alumnos mejor dotados”. Como siempre, tendría razón. Pienso sin embargo, que en análoga medida la tendría yo misma.

Para el maestro en arte y humanidad, vaya mi más conmovida gratitud.

Paloma O’Shea
Presidenta
Fundación Isaac Albéniz

La Escuela de Bashkirov

Desde el nacimiento de la Escuela Superior de Música Reina Sofía, aparece Dimitri Bashkirov entre sus nombres pilares. “Es para mí un motivo de orgullo y satisfacción contar con maestros de la categoría de Bashkirov”, escribía Paloma O’Shea, promotora, enseñadora y realizadora del empeño pedagógico que preside. Tenía toda la razón y, como prueba, he aquí que hoy podemos resumir en unos grandes concertistas jóvenes —que serán maestros y definidores del siglo XXI— los resultados, las huellas y la larga proyección de Bashkirov y denominar al amplio conjunto que unos pocos escogidos representan, escuela: la escuela de Bashkirov.

Como todo término importante que opera sin limitación en el tiempo y el espacio, el de *escuela*, aplicado a la de Bashkirov, se colma de infinitas sugerencias: las que se derivan de una figura de excepción que, entre otros raros méritos, posee el de vivir la música —o hacer su biografía humana a través del arte— desde dos pasiones que, una y otra vez, parecen equilibrarse y fundirse en un apretado abrazo: la pasión de hacer música y la pasión de enseñar a hacerla. Esto es: el concertista, signado por los triunfos más veraces y al maestro capaz de transmitir a otros sus saberes altos, sus conceptos y su ejemplo sin por ello invadir la personalidad individual de cada uno de sus discentes y seguidores. La sucesión de todos ellos constituye una suerte de oleaje, algo así como una peregrinación artística en búsqueda de la verdad. Ya lo decía Heinrich Neuhaus (Elizabetgrad, 1888 - Moscú, 1964), con el que en tantos aspectos se identificó, desde joven, Dimitri Bashkirov: “el único estilo válido para mí es la autenticidad, la verdad. La célebre frase de Buffon, *el estilo es el hombre*, debería completarse con el no menos célebre aforismo de Boileau, *nada es bello sino la verdad*”. (H. Neuhaus, *El arte del piano*, versión española de Guillermo González y Consuelo Martín Colinet, Real Musical, Madrid, 1987).